

EL ENCUENTRO DIALOGANTE ORIENTE-OCCIDENTE EN LA OBRA DE ISMAEL QUILES (SJ)*

*Prof. Dr. Gonzalo Ulloa-Rübke
del Instituto de Ciencias Religiosas de la
Universidad Católica de Valparaíso - Chile.
Coordinador Nacional ALADAA-CHILE.*

Hay quienes recuerdan, sintiéndose quizás interpretados por ellos, aquellos versos del poeta anglo-indio Rudyard Kipling que dicen:

“Oriente es Oriente, y Occidente, Occidente,
nunca se unirán los dos
hasta que la Tierra y el Cielo
comparezcan ante el Tribunal de Dios”.

Sin embargo, pocos conocen la estrofa que sigue a la citada, y que dice así:

“Pero no hay Oriente, ni Occidente,
ni fronteras, ni raza, ni estirpe,
cuando dos hombres fuertes se enfrentan,
aunque vengan de los dos confines del mundo”.

En lo personal, nos sentimos interpretados por esta segunda estrofa.

Efectivamente, es nuestra convicción que actualmente no es posible dejar de advertir que vivimos en un Mundo Único, y que constituye una suerte de obligación moral interesarnos en los valores y normas conceptuales de las culturas del Oriente lejano. Vivimos hoy en un mundo cada día más interdependiente, no sólo en el aspecto comercial y tecnológico, sino también en lo cultural y espiritual.

Efectivamente, en las últimas décadas se ha ido tomando conciencia, cada vez más nítidamente, de la necesidad de trabajar por el diálogo inter-cultural como un eficaz modo de contribuir a la armonía y a la paz entre los pueblos, pues, no se puede amar lo que no se conoce.

(*) Trabajo presentado en el VII Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos, realizado en Acapulco (Guerrero), México, en noviembre de 1992.

En este contexto, se oye hoy hablar de “conciencia planetaria”, de “cultura planetaria”.

El Profesor Ismael Quiles, de la Universidad del Salvador, de Buenos Aires, no ha estado ajeno a las inquietudes del hombre de hoy, y esa actitud suya la vemos reflejada en su extensa obra académica, que da testimonio de su convicción de la necesidad –con urgencia dramática– del diálogo intercultural. Como ejemplo de esto reproducimos a continuación un párrafo del discurso que pronunció en el acto de apertura del Coloquio Internacional Oriente-Occidente, realizado en Buenos Aires en diciembre de 1982:

“Cuantos auscultan las condiciones de un futuro de la humanidad, que no sea el de la destrucción suicida, sino de una elevación cada día superior y ascendente, reconocen que el diálogo entre las culturas es necesario. Es necesario con urgencia dramática, porque es la convicción primera para el progreso de la humanidad, para la supervivencia del género humano. Es el destino del hombre el que se juega en el campo del encuentro o del choque de las culturas. El diálogo de éstas, el diálogo intercultural, es el que a la vez ofrece un terreno común para todos los hombres y el que más facilita la comprensión de los pueblos y, por consiguiente, el progreso y la paz entre ellos” (recogido en revista Oriente-Occidente, año IV, Nº 1, 1983, pp. 15 y ss.).

Las condiciones del diálogo, según Quiles

Afirma Quiles que “toda metodología debe respetar la naturaleza de la realidad a que se aplica y adaptarse a ella. Por lo mismo, el diálogo entre las culturas debe respetar la naturaleza humana, la única que crea y que intercambia cultura”. Dicho de otra manera, el diálogo entre las culturas no debe olvidar que se trata de grupos humanos, formados por **personas**; se trata, pues, de un diálogo entre hombres. Y todo diálogo entre personas debe ceñirse a las siguientes normas:

1. **Autoafirmación de sí mismo**, esto significa que si yo no me encuentro centrado en mi propia “mismidad”, si no soy fiel a mí mismo, tendré dificultades para abrirme a un “tú” que a su vez quiere abrirse a mí. Dice Quiles que no se trata de egoísmo, sino de la exigencia metafísica **de ser yo mismo**. Más adelante nos referiremos a la manera como Quiles desarrolla su doctrina de la persona, su filosofía de la **in-sistencia**, desde la que dialoga con el Oriente.
2. **Reconocimiento del otro**, esto significa que si yo comienzo autoa-

firmándome en mi propia e íntima mismidad, debo dar el siguiente paso reconociendo al “otro”, al “tú”, como un ser que a su vez es persona poseedora de un centro interior, de un yo; este reconocer no es un simple acto cognoscitivo, sino que implica un asumir al otro como tal, tanto en su ser como en su dignidad. “Sólo entonces el tú es para mí verdaderamente un **tú** y sólo entonces siento yo que estoy frente a otro yo”. (o.c., p. 19).

3. **Intercomunicación**, como el término lo insinúa, se trata de establecer una verdadera relación **inter-personal**, surgida de manera natural una vez que me esforcé por afirmarme en mi propio yo y reconocer al otro como un tú, como una persona.

Afirma Quiles que todo diálogo entre grupos humanos debe tener siempre como punto de partida el diálogo interpersonal; si el diálogo intercultural no respeta estas leyes básicas del diálogo entre personas, no será un auténtico diálogo, será, pues, un “diálogo entre sordos”.

Dado que el diálogo entre las culturas no es sino, a fin de cuentas, un diálogo entre personas, será fácil tomar conciencia de la necesidad de ceñirse a las mismas condiciones —que Quiles califica de **metafísicas**— del diálogo interpersonal.

1. **Auto-afirmación**. Cada cultura debe hacer un esfuerzo por afirmarse a sí misma, esto es, tomar conciencia de su propia y peculiar identidad, de su valor, de su dignidad. Dice Quiles que “los grupos humanos necesariamente forman una comunidad de valores, de interpretaciones y expresiones de la vida humana que los diferencia de los otros grupos, como una persona se distingue de otra cualquiera. La soberbia y la autosuficiencia que son el impedimento para todo diálogo, son muy distintas de la conciencia del propio ser de un pueblo, de sus cualidades y de su aporte a la humanidad. Por eso la autoafirmación es necesaria, siempre que no degenera en exclusividad, y en ceguera para captar valores distintos”. (o.c., p. 20).
2. **Reconocimiento de la otra cultura**. Una vez cumplida la condición anterior, la **propia** autoafirmación, se está en una buena disposición para recibir el impacto de **la otra** autoafirmación cultural, diferente a la propia; así, por un natural proceso de contraste, surge la distinción y la particular fisonomía de cada una. “Si no reconozco la otra cultura como tal y no aprecio sus valores, no hay diálogo disponible”, dice Quiles, puntualizando que en este contexto, el concepto y el término “reconocer” es, al igual que en el diálogo interpersonal, “tomar conciencia de los valores, de las originalidades, de los rasgos de ese nuevo rostro cultural, y comprobar que son

también esfuerzos por apreciar y vivir colectivamente las modalidades posibles, siempre nuevas y siempre inagotables, de la humanidad". (o.c., p. 20).

3. El rico y auténtico diálogo intercultural surge de manera fluida y natural una vez que se ha cumplido ese reconocimiento de la otra cultura, **desde la propia autoafirmación. La intercomunicación**, es, pues, la relación constructiva y fructífera entre dos o más culturas. "No hay un 'yo' si no se afirma frente a un 'tú'; no hay un 'tú' si yo no lo reconozco como tal; y **no hay un 'nosotros' sin una autoafirmación de sí mismo y un reconocimiento del valor de los otros**". (o.c., p. 21; el subrayado es nuestro).

Llama la atención la permanente referencia que hace Quiles a la importancia de la **auto-afirmación**; de hecho, esta referencia es una constante a lo largo de toda su obra, aunque más explícita desde el momento en que propone su filosofía **in-sistencial** (1948). Durante una conversación informal con un grupo de profesores en Santiago de Chile, en junio de 1988, hacía ver que desde que comenzó sus viajes por el Oriente, "buscó lo que quería encontrar, y encontró lo que quería buscar"; cuanto estuvo en Japón, y lo mismo cuando estuvo en la India, la pregunta que hacía a todos los filósofos, académicos, maestros y monjes con los que se encontraba era siempre una sola y la misma: ¿qué es el hombre?, ya que tal es la pregunta fundamental. Y la respuesta a esa pregunta fundamental está sólo en la experiencia personal.

Dificultades para el diálogo

Preguntado en cierta ocasión (cfr. revista Sur, Buenos Aires, Nº 342, pág. 155 y ss.) acerca de cuál podría ser el testimonio de su encuentro con las culturas del Oriente, respondió que en un comienzo tuvo dificultades para el diálogo, pues se encontró con grandes diferencias y con una sensibilidad muy diferente a la occidental. Las principales diferencias con las que se encontró podrían resumirse así:

1. Una excesiva absolutización de lo absoluto, es decir, el énfasis en la impersonalización, en el absoluto no-persona, que a Quiles le chocaba sobremanera dada su profunda convicción personalista.
2. Una absolutización de lo a-racional y de lo trascendente; por contraponer lo material y lo temporal a lo trascendente, éste termina diluyéndose, dice Quiles, en lo trascendente absoluto.
3. Otra dificultad o diferencia dice, es la relación a la aproxi-

mación del hombre a Dios; en Oriente, el hombre resulta más Dios que hombre, refiriéndose Quiles al monismo **advaita** representado en la conocida frase **tat tvam asi**: “tú eres eso”, así, dice Quiles, el hombre se hace solo con el absoluto; en Occidente, en cambio, se enfatiza la distinción entre Dios y el hombre.

Puntos de encuentro

Sin embargo, dice Quiles en la misma fuente ya mencionada, que aunque el diálogo parecía difícil y, a pesar de las dificultades enumeradas recién, se produjo el encuentro en lo más importante, en lo fundamental, en el verdadero punto de partida, que para Quiles es la pregunta inicial de toda filosofía: ¿qué es el hombre?

Otro punto de encuentro fue la coincidencia en la situación filosófica de preguntarse, tanto en Oriente como en Occidente, respecto a la diferencia entre un Yo ilusorio, irreal, y el verdadero y real Yo.

Un tercer punto de encuentro que Quiles encontró fue la confianza en que el hombre **puede** conocerse a sí mismo, es decir, hay confianza en el hombre, confianza en la humanidad, confianza en la salvación.

En cuarto lugar, el valor que se da en ambos contextos culturales a la **experiencia**, si bien es verdad que en Occidente la experiencia se considera más bien para fundar la ciencia positiva, en cambio en Oriente se valora más la experiencia vivida, más que lo racional o lo abstracto.

Otro punto de coincidencia, según lo percibió Quiles en sus viajes, fue el valor que se da a la interioridad, el recurso metódico de acudir a la interioridad, a la experiencia interior para conocer al hombre. Sin embargo, Quiles comenta en otra ocasión (conversación en Santiago de Chile, junio de 1988), que le sorprende que en Oriente, principalmente en Japón, hay una tendencia a absolutizar el método (“si la iluminación no se logró mediante el método Zen, no es verdadera iluminación”); por ejemplo, dice Quiles, la quietud del cuerpo y de la mente exigida por el Zen o por el Yoga, no es necesariamente absoluta, ya que también se puede lograr la vivencia mística en el movimiento y la danza o el canto, como se da, por ejemplo, en la experiencia de los derviches danzantes del Islam. Por consiguiente, el método es relativo. Insiste Quiles en que toda absolutización es despolarizante, pues lo importante es la **intuición**, no el método.

Como sexta coincidencia o punto de encuentro, Quiles menciona la importancia de la **trascendencia**; tal vez en el Oriente esté

más presente que en el Occidente, pero siempre es trascendencia, es decir, la intuición de que el Absoluto es absoluto, y que ello es árreron, inefable; hay que recordar aquí las características apofáticas de ciertas teologías y místicas cristianas, que también tienen su equivalente en los conceptos orientales del Absoluto como “vacío”, como Nada, como Silencio.

Y, finalmente, como último punto de coincidencia, la **relación** del hombre con el Absoluto. Quiles está convencido de que el hombre se encuentra necesariamente ligado al Absoluto, aunque reconoce que en Occidente se enfatiza más la realidad del hombre como contradistinto de lo Absoluto; en Oriente, en cambio, como se dijo ya más arriba, el hombre está casi en el Absoluto mismo.

Quiles añade aún lo que él denomina el **gran encuentro**: la universalidad de la experiencia mística. Escuchemos al mismo Quiles: “Tanto en las grandes experiencias místicas del Zen budista, de los maestros del Zen del siglo XIII como en las experiencias místicas del Islamismo, como en la experiencia de los místicos cristianos, en todas aparece la unidad de la experiencia humana frente a Dios. Es decir, en la vertical nos encontramos todos”. (Revista Sur, N° 342, 1978, p. 158).

Esta actitud de apertura y acogida de cara a las culturas del Asia no semítica permite al Profesor Quiles establecer un diálogo digno, serio y fructífero tanto con el Hinduísmo como con el Budismo; a ello nos referimos en esta última parte de nuestro trabajo.

A. Diálogo con el Hinduísmo. El Yoga

Respecto del Hinduísmo en general, Quiles dialoga principalmente con la escuela del monismo **Advaita** tal como se expresa en la filosofía de Shánkara (s. IX dC) oponiendo su doctrina personalista “in-sistencial” al impersonalismo de Shánkara, quien reduce la pluralidad ilusoria de los “yoes” aparentemente personales, a un solo “yo” real que es Bráhma/Atman. Enseguida reconoce el gran valor de la filosofía de Ramanuja (s. XII dC), quien con contundentes argumentos refuta el monismo de Shánkara, defendiendo una doctrina de tipo “personalista”, donde aparece una divinidad con caracteres de “Persona Suprema”, **Purushottama**, creador del mundo y de las almas individuales, a quien denomina también **Paratman** (Supremo Atman, o Yo), **Bhagavan** (Bienaventurado), **Ishvara** (el Supremo Señor), e incluso Visnú, a quien Ramanuja considera superior a Bráhma y a

Shiva. Quiles resalta el hecho de la distinción que Ramanuja realiza entre las almas creadas y el mundo. (cfr. Quiles, *Filosofía de la persona según Karol Wojtyła*, Depalma, Buenos Aires, 1987, p. 118). Así, pues, en torno al monismo **advaita** de Shánkara y a su opositor Ramanuja, Ismael Quiles reconoce la importancia de este último, pues ve en él algunos elementos que concuerdan o que complementan su personalismo “in-sistencial” tal como lo hemos presentado en páginas anteriores.

Por otra parte, Quiles hace especial mención de los movimientos hindúes de la **Bhákti**, o devoción amorosa a Dios, a una divinidad “personal”, resaltando la importancia de la obra el **Bhágavad-Guita**, el cual no sólo es una estupenda síntesis de lo esencial de hinduismo, sino que constituye al mismo tiempo una condensación “y una consagración al espíritu de salvación por la devoción (...)”, “es una síntesis del hinduismo y **el más cercano a la religiosidad cristiana.**” (ibid., p. 120; el subrayado es nuestro).

Respecto del Yoga, Quiles evidencia una simpatía especial por el Yoga clásico de Patánjali (Patanjalamyogasutram), dedicándole varias páginas de descripción y comentario. (cfr. *Qué es el Yoga*, Depalma, Buenos Aires, 1987, *passim*).

De hecho, su libro **Qué es el Yoga**, gira principalmente en torno al comentario de algunos sutras seleccionados de la compilación de Patánjali, si bien, complementa esta visión del Yoga, con lo presentado en el **Bhágavad-Guita**, llamado por Gandhi: “el evangelio de la acción desinteresada”, lo cual es muy acertado, pues esta obra clásica combina una doctrina **karma-yoga** (yoga de la acción), con el yoga de la devoción o **bhákti-yoga**. Después de la descripción comentada de los diversos tipos de Yoga, Quiles desarrolla una parte práctica, con la descripción de algunos **asanas** básicos, de algunas técnicas elementales de **pranayama** terminando con algunas nociones de concentración y meditación, proponiendo algunos ejercicios concretos de meditación, los que culminan con **una meditación in-sistencial** para “mantener la paz del corazón en un mundo perturbado”; es interesante destacar que en esta **meditación in-sistencial**, Quiles habla de su intuición filosófica y de la importancia de la filosofía vivencial y práctica. Dice: “La filosofía es para vivirla, es ante todo para la vida, y para vivir mejor. Si no la vivo, queda allá como una medicina muy buena, que está almacenada, y como decía Pascal, si la filosofía no me sirve a mí para conocer mejor la vida y conducirme mejor a mí mismo, no vale la pena que se le dedique una hora” (ibid., p. 155).

Para elaborar su filosofía, dice Quiles que le ha ayudado la filosofía oriental y más en lo concreto el yoga en algunos aspectos metodológicos (ibid., p. 155).

Sin embargo, a pesar de su entusiasmo por las técnicas psicofísicas del Yoga, Quiles, en su proceso de la **autoafirmación** a la que se ha hecho mención en páginas anteriores, no olvida en ningún momento que él es un cristiano y que está escribiendo para lectores cristianos, o, al menos, del ámbito cultural cristiano y occidental. En este sentido, deja muy bien establecidas las diferencias y divergencias de la filosofía del Yoga respecto del cristianismo. En términos generales, respecto de las diferencias, éstas coinciden con las que establece respecto de la actitud oriental en general, y que ya hemos revisado. En lo particular, Quiles señala ciertos aspectos del Yoga que están presentes como presupuestos doctrinales y que no siempre aparecen explícitos en las publicaciones acerca del Yoga, por ejemplo, la doctrina de la reencarnación, la que es rechazada por Quiles porque deshace en su raíz la personalidad, planteando interrogantes que quedan sin respuesta adecuada desde el Yoga o el Hinduísmo. El fundamento de todas las argumentaciones de Quiles en su diálogo con el hinduismo es su convicción personalista: yo soy yo, único, irrepetible, y me siento centrado en mi mismidad, en la **in-sistencia**, rechazando así las doctrinas monistas e impersonalistas, y aceptando, en cambio las propuestas devocionales, personalistas y místicas con las que constata puntos de encuentro.

“Sin duda que en la religión y mística yoga hay una base espiritual admirable en muchos aspectos, que pueden ser reconocidos y estudiados con provecho por el cristianismo. Hemos señalado algunos anteriormente. **Pero es claro que estamos ante horizontes religiosos distintos**”. (ibid., p. 89, el subrayado es nuestro).

B. Diálogo con el Budismo

Al igual que las referencias al Hinduísmo en general, respecto del Budismo, Quiles opina en la obra **Filosofía de la persona según Karol Wojtyla** (Depalma, Buenos Aires, 1987).

Una vez más, la discusión se centra en torno a “personalismo” e “impersonalismo”, este último claramente defendido por el budismo primitivo y por la mayoría de las escuelas budistas actuales, principalmente en el **Mahayana**. En síntesis, el Budismo niega la existencia de un “yo” “substancial”, de un “yo persona” que sea real;

lo que llamamos “hombre” o “persona”, dicen, no es sino el resultado del agregado o suma de los **skhanda**. Esta es la doctrina de **anatman**, del no-yo, y que en el Budismo actual aparece, por ejemplo, expresada en el Budismo Zen.

A lo anterior, Quiles opone una vez más su filosofía personalista “in-sistencial”, defendiendo la existencia del “yo” substancial por debajo y en lo profundo de las apariencias del yo fenoménico.

Quiles hace ver que la conciencia del “yo” es tan firme y fuerte en todos los hombres, que incluso en el Budismo ha contribuido a la formación de una tendencia claramente personalista y devocional; es la Escuela **Shin** (en Japón) o del Buda Amitaba (Buda de la Luz Infinita); lo central en esta Escuela es que la salvación o liberación se logra con el solo hecho de practicar la devoción a Buda y pronunciar su nombre con fe.

Respecto del Budismo en general y especialmente el de expresión japonesa, Quiles señalaba en conversación con nosotros, que se dedicó a estudiar el Budismo, al que al comienzo pensaba dedicar seis meses, que era el tiempo programado para su estada en Japón, pero terminó dedicándole seis años; en Japón, cuenta, visitó más de veinte universidades y cerca de cincuenta monasterios; en esos lugares dictaba sus conferencias acerca de la filosofía in-sistencial y aprovechaba de dialogar con los budistas a propósito de la pregunta fundamental: ¿qué es el hombre?, ¿qué es la persona?, ¿qué significa cuando digo “yo”? En ese diálogo con los budistas encuentra un método que encuentra “lógico” y que le atrae pues coincide con sus propias convicciones; se refiere al método de **desvalorizar lo racional para poner énfasis en lo vivencial**, así, confiesa Quiles “aprendió a poner en sordina lo racional, para escuchar lo vivencial”.

En síntesis, en Oriente y Occidente, **todos experimentan lo mismo**. Toda forma de meditación y de oración, tanto allá como acá pretende lo mismo: el encuentro con el verdadero “yo” y la consecuente unión con lo absoluto, ese absoluto que los cristianos llamamos Dios. Es decir, en la vivencia, todos hablamos el mismo idioma.

Quiles está convencido que en Occidente debe precisarse tanto el concepto de **filosofía** como el de **religión**, que en el Oriente va ligada a la filosofía.

Para Quiles la religión es un **acto interior**, de religación mía con el Absoluto, reconociéndolo como tal; es un acto de conocimiento y de decisión mía frente al Absoluto; es **el acto** humano por excelen-

cia. La religión es así el máximo acto filosófico y el máximo acto religioso.

La afirmación con la que Ismael Quiles resumiría lo que ha aprendido de su experiencia dialogante con la cultura, la filosofía y la religión orientales, es la siguiente: **HAY UN SOLO DIOS Y UNA SOLA HUMANIDAD**, sólo nos diferenciamos en los distintos modos de expresarlo. Porque

“...no hay ni Oriente, ni Occidente,
ni fronteras, ni raza, ni estirpe,
cuando dos hombres fuertes se enfrentan,
aunque vengan de los dos confines del mundo”. (R. Kipling).